

El mundo de los Indoeuropeos

y otros artículos

Alain De Benoist

Traducción de Santiago Rivas

Más de 450 millones de representantes de la especie *Homo Sapiens* viven actualmente en Europa. Herederos de una misma cultura, tienen también un origen común. Sus ancestros son los indoeuropeos.

El término “indoeuropeo” pertenece en estricto sentido al campo de la lingüística, y secundariamente a la etnología. Comenzó a emplearse a finales del siglo XIX, época en que fueron publicados los trabajos de Franz Bopp, Alexander von Humbolt y Jacob Grimm sobre el estudio comparado de los principales sistemas lingüísticos hablados en Europa (a excepción del japonés, el finés, el húngaro y el vasco). A partir de una correlación de formas, este método comparativo dedujo (por medio de una serie de operaciones de equivalencia análogas al cálculo de proporciones aritméticas) una parentela que implicaba la necesidad lógica de un origen común. En otros términos, las actuales “lenguas-hijas” europeas tienen una misma “lengua-madre”: el indoeuropeo. Fue un descubrimiento capital, que enlaza el más antiguo pasado con el corazón del más inmediato presente.

Gracias al titánico esfuerzo de los lingüistas, pudo restaurarse parcialmente, y sucesivamente, la gramática, la sintaxis y el léxico del indoeuropeo. Por convención, se distinguen tres etapas sucesivas de esta lengua: el protoindoeuropeo, el indoeuropeo común (fase inmediatamente precedente a las primeras dispersiones) y el indoeuropeo tardío o veteroindoeuropeo, casi con toda seguridad hablado en una zona que abarca desde las estepas rusas al norte del Caspio hasta las orillas surentales del Báltico.

Además de un amplio conjunto de lengua hoy día desaparecidas (ilirio, macedonio, hitita, tocario, véneto, tracio-frigio etc.), la familia de las lenguas derivadas del indoeuropeo común comprende las formas arcaicas de las lenguas indioarias (sánscrito, hindi, pali, antiguo persa), así como el griego, el albanés y la totalidad de las lenguas eslavas, bálticas, célticas, germánicas y latinas.

Los investigadores no tardaron en preguntarse sobre el origen de estos pueblos que hablaban estas lenguas al salir de la prehistoria.

“Se considera entonces —escribe Bosch-Gimpera— la existencia de un pueblo primitivo (el “*Urvolk*” de la escuela alemana), cuya cuna (“*Urheimat*”)

los más sitúan en los confines entre Asia y Europa, hablando una lengua original (“*Ursprache*”), de cuyos dialectos derivan las lenguas indoeuropeas históricas”.

Dos tesis sobre la “Urheimat”

Innumerables polémicas, en las que nunca estuvieron ausentes las implicaciones políticas, se han mantenido sobre la cuestión del origen o de la Patria Ancestral de los indoeuropeos.

La lingüística constituye la más fuerte base para establecer las indicaciones precisas. “El indoeuropeo común —observa de nuevo Bosch-Gimpera— comprende una serie de términos que designan una flora, una fauna y un clima propio de las regiones templadas, más húmedas que secas y más frías que calurosas (...) Numerosas lenguas indoeuropeas utilizan palabras vecinas para designar los mismos animales: el oso, el lobo, el castor, la ardilla; los mismos árboles: abedul, haya, sauce; y otros términos generales: miel, frío, hielo, nieve. Todo esto nos sugiere sin duda que los dialectos indoeuropeos, antes de su dispersión, eran hablados por individuos que habitaban una región templada, boscosa y continental”.

La idea de un origen “asiático” de los indoeuropeos, avanzada en 1888 por Max Müller y después por Arbois de Jubainville, C.F. Keary y William Ripley, ya no es defendida en la actualidad por ninguno de los investigadores serios, los cuales se enfrentan en dos escuelas.

La tesis nórdica, o germánica, se funda en los caracteres somáticos atribuidos a los pueblos indoeuropeos por los textos antiguos. Estos caracteres (cabellos rubios, ojos azules o claros, talla elevada, labios finos, prominencia del mentón dolicocefalia, etc.) son específicos de las subrazas nórdicas, formadas a partir de un sustrato cromañoide en un territorio comprendido entre las riberas del mar del Norte y el Báltico y su Hinterland. En 1878, Theodor Poesche sitúa la “*Urheimat*” en la actual Lituania; el lituano parece ser, en efecto, la lengua viva indoeuropea más cercana al indoeuropeo común. A los argumentos antropológicos se añaden los argumentos lingüísticos y arqueológicos, Karl Penka (*Die Herkunft der Arier*, 1886) sitúa el hogar de nacimiento de los indoeuropeos en el norte de Alemania y la Escandinavia meridional. Sus tesis son completadas por Isaac Tylor (1888) y Hermann Hirt (*Die Urheimat der Indogermanen*, 1892). En 1902, Gustaf Kossinna, fundador de la revista “*Mannus*”, propone una Patria Ancestral situada en la Alemania central. La validez de la tesis nórdico-germana será aceptada por Harold Bender, Hans Seger, Schachermeyer, Gustav Neckel, Ernst Meyer, Julius Pokorny (el gran restaurador de la lengua céltica original), Stuart Mann, etc. También ha sido repropuesta recientemente por Nicolas Lahovary, Paul Thieme y el gran historiador del sánscrito Raim Chandra Jaim (*The most ancient Aryan Society*, 1974).

La segunda tesis, y la más corroborada por la arqueología, es la de una “*Urheimat*” situada en la Rusia meridional. Otto Schrader la presentó por vez primera en 1890, seguido por V. Gordon Childe (*The Aryans*, 1926), Walter Schulz (1955), R.A. Crossland (1957) y, sobre todo, por el gran prehistoriador español Pedro Bosch-Gimpera, quien, en 1961, escribía: “El agregado étnico que habrá de dar lugar a la formación de los pueblos indoeuropeos se manifiesta en los entornos del primer neolítico. El indoeuropeo es un pueblo nacido dentro del neolítico, y sus primeras representaciones materiales evidenciadas por la arqueología –datadas aproximadamente en el V milenio aC– son estrictamente neolíticas. Este rol parece corresponder a ciertos grupos étnicos del sur de la Rusia contemporánea” (*Los Indoeuropeos*, 1961).

La idea de una Patria Original rusomeridional ha sido particularmente defendida por la arqueóloga Marija Gimbutas en sus dirigidos trabajos publicados desde 1954. Para Gimbutas, los pueblos nómadas de la cultura kurgan (los “*kurgan*” son la primera manifestación conocida de los túmulos funerarios), que a partir del cuarto milenio antes de nuestra era penetran en la cuenca del Danubio procedentes del Este y darán lugar a la cultura balcánica veteroeuropea, la primera que se desarrolla independientemente tanto de las culturas eneolíticas eurooccidentales como de las nacidas en Mesopotamia (los protosumerios) y la cuenca mediterránea, son los indoeuropeos. La cultura kurgan es de naturaleza indoeuropea, y sus representantes deben ser considerados los primeros indoeuropeos.

Las dos tesis no son inconciliables. Un autor como Ward Goodenough (*Pastoralism and Indo-European Origins*, 1970) ha propuesto interpretar a los pueblos kurgan como una simple extensión pastoril de una cultura indoeuropea que se habría desarrollado en la Europa septentrional; esto es, una parte de estos pueblo que, después de haber destruido la cultura paleolítica europea, habrían descendido hacia el sur (los “pueblos del hacha de guerra” o “*Streitaxtvölker*”) difundiendo primeramente las técnicas de la piedra pulimentada y después de la metalurgia del bronce, y que habrían sido los ancestros de los luvtas, los hititas y los griegos micénicos. Elementos de esta cultura permanecerían en la Europa central antes de formar los contingentes de una ulterior diáspora.

Esta teoría, muy convincente para Adriano Romualdi, es lógica para Hans Krahe, quien distingue, sobre el plano lingüístico, entre la lengua veteroeuropea (“*Altereuropäisch*” –no confundir con los “pueblos viejeeuropeos” [paleolíticos o eneolíticos, no indoeuropeos, como los ligures] de los que habla Marija Gimbutas) y el indoeuropeo (“*Indogermanisch*”) propiamente dicho. También goza del favor de James Mallory, autor de uno de los ensayos más recientes sobre la cuestión (*A short history of the Indo-European Problem*, 1974). La Patria Original podría entonces situarse en una zona circunscrita entre el Elba y el Vístula, limitando al norte con la península de Jutlandia y al sur con los montes Cárpatos.

Estructuras sociales

“Atestiguados históricamente” hacia el segundo milenio antes de nuestra era, los indoeuropeos ya han dejado una larga historia tras ellos. “La arqueología les hace remontar a los principios del neolítico —precisa Bosch-Gimpera. Las raíces de su formación étnica habría que situarlas en el mesolítico”.

“Hacia el 8.000 aC —subraya Geipel—, los glaciares escandinavos se retiran definitivamente hacia el norte. Las Islas Británicas se separan del continente. El Báltico encuentra su unión con el mar del Norte. La tundra deja paso a los bosques de coníferas. Europa pasa a tener un clima templado”.

A partir del segundo neolítico, los grupos indoeuropeos son ya semisedentarios. Los hombres se dedican a la ganadería, las mujeres y los jóvenes practican una agricultura rudimentaria. Este nuevo tipo de economía sucede a otro modo de vida: el de los grandes cazadores, que practican el nomadismo sobre territorios muy extensos y cuyos miembros se reagrupan en base a la edad. El resultado es una explosión demográfica que va a provocar una completa transformación de la vida social.

Es el momento en que los “genos”, o grandes familias de carácter exogámico —término derivado de la raíz indoeuropea **eg-*, que designa la idea de “sí-mismo”; cfr. latín “*ego*”—, comienzan a asociarse entre sí, a fin de preservar las propiedades hereditarias en común e impedir la dispersión de los jóvenes y los válidos. Cada genos, entonces, establece o refuerza la regla exogámica y la organización patrilocal en el cuadro de una serie de asociaciones tribales con los demás genos, a través de alianzas selladas por matrimonios según una estructura relativamente rígida, a base de obligaciones y de prestaciones recíprocas. No comprendiendo más que a los hombres libres, los “bien nacidos” (“*ingenuo*” = “*in genos*”), los genos se convierten en una “comunidad de sangre”. Como tal, se distingue de la comunidad económica, el “domos” —de la raíz indoeuropea **dms-*, que es el conjunto formado por el genos y la nueva clase de los no-propietarios, esclavos o siervos libres. En un nivel superior, una distinción similar se establece entre el “*wenos*” (raíz **eng-*, con el significado de “nosotros” cfr. inglés “*we*”, alemán “*wir*”) o comunidad por alianza resultante de la unión de varios genos, y la comunidad económica correspondiente, el “*weikos*” (cfr. latín “*vicus*”, castellano “*villá*”).

Ulteriormente, estructuras sociales más complejas (ciudades-Estado, reinos, etc.) se establecieron sobre la misma base, el “pueblo” se definía así como una extensión del “nosotros”, como conjunto de hombres y mujeres ligados por alianzas los unos a los otros. La noción de “*ethnos*” (indoeuropeo **sw-edh-nos-*) deriva directamente del **swe-*, es decir de la

comunidad de sangre asegurada por el intercambio de matrimonios en el interior del *wenos*.

En la base, el sistema social es fundamentalmente patriarcal. El genos se define por identificación al “ego paterno”, representante de una estirpe que se remonta hasta *Deivos Pitar*, el “Padre de lo Alto”, es decir el Dios Supremo. Si, en ciertas sociedades primitivas de tipo agrícola, una muerte ritual (la “muerte del padre” en la doctrina de Freud) simboliza la destrucción de la filiación paterna y asegura la validez de la sola descendencia matrilineal, entre los indoeuropeos, el “parto del padre” en la filiación está simbolizado por el ritual de la “covada”. El padre engendra simbólicamente y reconoce al hijo haciéndole pasar sobre (es decir, “entre”) las piernas, simulando el alumbramiento. En el vocabulario del indoeuropeo común, la madre (la voz “mater” está fuertemente asociada al principio “material”) es “la que trae al mundo”. Solamente el padre “engendra”, es decir “introduce en el seno” del genos. El “engendrar” y el “genos” comparten la misma raíz (*gen-*).

El soberano electo

Allí donde las circunstancias animan a los genos a dotarse de una autoridad general, esta recae necesariamente sobre uno de los patriarcas, uno de los jefes de genos elegido por consenso. “El rey es a sus súbditos lo que el padre a sus hijos” (Aristóteles). El rey (raíz *reg-*, con el sentido de “elevado”; cfr. latín “*rex*“, céltico “*rix*“, sánscrito “*rajā*“) es elegido por sus “pares”, sus iguales. En cierta época histórica, esta delegación de poder pasa de ser provisional a permanente, pasando entonces la monarquía a ser hereditaria. En sus orígenes, el rey está sujeto al control de los patriarcas, en el seno de un consejo de notables o asamblea, similar a la “sahba” de los indoarios, a la “gerusía” de los helenos, al “senado” romano, al “*thing*” germánico, al “*althing*” celta, etc. El rey es elegido por sus iguales, a los que está sujeto, al tiempo que gobierna en nombre de *Deivos Pitar*, Padre de lo Alto (griego “Zeus Patr” [pronunciado “*Tseus Patér*“], latín “*Deus Iovis Pater*“, más tarde “*Júpiter*“). La forma elemental de la soberanía entre los indoeuropeos es, pues, una suerte de aristodemocracia en la que el monarca ejerce una doble función religiosa y política, inseparable la una de la otra. Toda sociedad indoeuropea es una sublimación del genos, donde la cohesión social está asegurada por la proyección de esta estructura original en una superestructura religiosa y política. Términos indisociables, porque entre los indoeuropeos la sociedad de los dioses es una proyección de la sociedad de los hombres. El culto cívico es, asimismo, una extensión del culto doméstico, responsabilidad del padre.

Pastores, agricultores y guerreros, los indoeuropeos trabajan la alfarería y practican la metalurgia. “La arqueología evidencia que domesticaron al perro, fueron los primeros en montar a caballo y utilizaban los bueyes como bestias de carga”, escribe Bosch-Gimpera. Los rebaños son símbolo de la prosperidad. El término indoeuropeo *peku-* designa a vez la riqueza personal

(cfr. latín “*pecunia*“, francés “*pécule*“) y al ganado (cfr. latín “*pecus*“, sánscrito “*pasu*“, gótico “*fehu*“).

La visión del mundo

Los trabajos de los indoeuropeistas, particularmente de Georges Dumézil, han demostrado la existencia, incluso antes de las primeras dispersiones, de una “ideología” indoeuropea común, de una estructura mental específica conformada por una misma visión del mundo que se manifiesta en una particular concepción del hecho religioso, de la sociedad, de la soberanía, de las relaciones entre los hombres y entre los hombres y los dioses, por una teología, una liturgia, una poesía y una literatura épica comunes. Esta “ideología”, escribe Dumézil, es “obra de pensadores cuyos sucesores son los brahmanes indoarios, los druidas celtas y los colegios sacerdotales romanos”. (*La ideología tripartita de los indoeuropeos*, 1958).

En el dominio de la poesía, los trabajos de Antoine Meillet y Roman Jakobson, ampliados más tarde por Calvert Watkins y Donald Ward, han revelado estructuras análogas entre las literaturas griega, védica, eslava e irlandesa que solamente pueden explicarse por una herencia común y que hacen presuponer la existencia, en las primeras comunidades indoeuropeas, de una corporación de “cantores-poetas”, semejantes a los “ollaves” irlandeses o los “escaldos” de la vieja Escandinavia.

A propósito de la sociedad indoeuropea, Donald Ward (*On the poets and poetry of Indo-Europeans*, 1973) reanuda la fructífera distinción, introducida por Margaret Mead (*Cooperation and competition among primitive peoples*, 1937), entre “shame cultures” o “culturas de la vergüenza” y “guilt cultures” o “culturas de la culpa”. En las “shame cultures”, la noción ética fundamental es la del honor, el poder mirarse a la cara. Esta ética del honor implica un lazo directo con el medio sociocultural; un acto despreciable quita honor al nombre y, en consecuencia, implica a los ancestros y a los descendientes. En las “guilt cultures”, la falta es objetivizada por un tercero supremo, que interioriza e individualiza la sanción; los dogmas revelados definen una moral del pecado. Según Ward, la noción de “vergüenza”, común a los griegos, latinos, celtas y germanos, es típicamente indoeuropea, por oposición a la noción de “pecado”, característica de los grandes sistemas metafísicos universalistas de origen abrahámico y semita.

Caracteres específicos

Toda la historia de la antigua Europa se articula en torno a las dos grandes olas migratorias de los indoeuropeos. La primera hay que situarla entre el 2.200 y el 2.000 antes de nuestra era. De ella proceden las sociedades iránica y védica, el imperio hitita y los reinos de la planicie Anatólica, las civilizaciones históricas de los griegos y los latinos, los celtas y los germanos. Al Oeste, los indoeuropeos ocupan la península Ibérica, las Galias, las islas Británicas y Escandinavia. Al Sur, según la cronología tradicional, la ciudad de Roma se

funda en el año 753 antes de nuestra era. Al Este, una rama de los pueblos indoeuropeos (los tocarios) se adentran más allá de las fronteras actuales de China, dejando sentir su influencia en los “reinos bárbaros” del norte del país. El filólogo Hans Hensen ha demostrado que palabras chinas como “*mi*” (miel), “*yen*” (ganso, oca), “*ch’yan*” (perro; cfr. francés “*chien*”), “*ma*” (caballo), tienen origen indoeuropeo.

Gracias a la doma del caballo y al uso de carros de combate, los pueblos indoeuropeos se lanzan, en oleadas sucesivas, a la conquista del mundo. Durante siglos, una de las señales del “hombre de bien” será la posesión de un caballo, que imprime la consideración del “caballero”, el “equite” romano, el “reiter” germánico, el “chavalier” de los francos. Sin embargo, subraya Nicolas Lahovary, “es necesario considerar ante todo estas conquistas como un resultado mayor que la mera superioridad militar. Antes que en las condiciones materiales, deben interpretarse como consecuencia de ciertas cualidades psicológicas, de la fuerza de carácter de los individuos y, por extensión, del grupo étnico. No otro es el secreto de la prodigiosa expansión de los indoeuropeos a costa de pueblos inteligentes cuya civilización, en muchos casos, estaba más desarrollada que la propia”.

Después de recordar la historia de estas migraciones, de un modo por otra parte bastante sumario y confuso, John Geipel examina la distribución de las características físicas propias de los antiguos europeos: estatura, color de cabello y ojos, índices cefálicos y faciales, etc.

Sus observaciones en algunos casos obtienen resultados inesperados. “Puede ser significativo, por ejemplo, que en las regiones de Europa donde todavía existe una superposición vertical de las mandíbulas que no ha sido suplantada por el avance de la mandíbula superior, son precisamente las regiones donde las consonantes silábicas (como la “*th*” anglosajona) son utilizadas por la fonética de las lenguas locales”.

El parentesco interetnológico de los pueblos indoeuropeos está confirmado por la distribución específica de los grupos sanguíneos 0 (de un 45 a un 75 % de los sujetos), A (de un 5 a un 40 %) y B (de un 4 a un 18 %).

John Geipel también ha estudiado la fisonomía de los actuales europeos, antes de lanzarse al estudio de las “razas de Europa”, ante el cual habría topado inevitablemente con fuertes reticencias poco científicas.

“El hombre que llega a la antigua Europa es ya un mestizo, y nosotros, sus descendientes, no somos otra cosa”. Pero todo individuo es un “mestizo” en la medida en que es el resultado de un cierto número de cruces, comenzando por el de sus padres. Geipel subestima la ingenuidad de su público si pretende hacerle creer que las características raciales son siempre relativas.

La raza es una noción dinámica y estadística. Se define por la frecuencia media de un cierto número de genes que determinan, en una población dada,

las características o las predisposiciones fisiológicas, patológicas y psicológicas. Proponer, como el profesor Livingstone, reemplazar este término por el de “línea de frecuencia”, no es sino jugar con las palabras, porque es precisamente en la combinación de las “líneas de frecuencia” donde los antropólogos extraen la definición racial de los grandes grupos humanos.

Georges Montandon fue el primero, allá por 1933, en sustituir la idea de “homogeneidad racial” por la de “raza pura”, expresión equívoca sin valor científico y, por otra parte, fácil de refutar. El fenómeno humano se caracteriza por una diferenciación cada vez mayor fácilmente observable, y no hay un lugar donde suponer que “la indiferencia del origen es un hecho histórico” (John Geipel).

Geipel también asegura que “el lenguaje y la etnia no ejercen ninguna influencia el uno sobre la otra”. Esto es bien cierto para el ejemplo que propone (los negros anglófonos de Norteamérica). Pero la reaparición de la morfología propia de las lenguas africanas (aglutinantes) en los dialectos antillanos o en el “*black english*” (la jerga de los getthos negros de los EEUU) no deja de ser reveladora.

De una época a otra, el contexto varía. El advenimiento que fue la “revolución neolítica” provocó la puesta en marcha de grupos humanos que, hasta el momento, habían permanecido aislados durante todo el periodo de formación de las razas. “Este aislamiento condiciona la diferenciación racial – escribe Giorgio Locchi –, al igual que un aislamiento lingüístico condiciona una extrema diferenciación de la lengua. No es arriesgado afirmar que al final de esta época de la humanidad (al término de la glaciación de Würm), a cada grupo racial corresponda una lengua específica” (*Linguistique et sciences humaines*, en “Nouvelle École”, abril 1968).

La Civilización Céltica

“Si la excelencia de las razas debe ser evaluada por la pureza de su sangre y la inviolabilidad de su carácter, ninguna puede disputar en nobleza a los restos aun subsistentes de la raza de los Celtas“. Tal era la opinión de Ernst Renan.

Estos “restos de la raza de los Celtas” no han dejado de inspirar a los investigadores. Jean-Jacques Hatt, conservador del museo arqueológico de Estrasburgo ha hecho publicar un estudio titulado Celtas y galorromanos. El joven arqueólogo Guy Rachet no hace mucho dio a luz un ensayo sobre la Galia céltica. La revista Nouvelle École consagró dos números especiales a la civilización céltica. Jacques Harmand, maestro de conferencias de la facultad de letras de Clermont-Ferrand, también ha publicado una extensa obra sobre Los celtas. El surrealista bretón Jean Markale, profesor de letras en París, autor de Los celtas y la civilización céltica, también ha editado sendos ensayos sobre La epopeya céltica de Irlanda y La epopeya céltica de Bretaña, dos

textos de una interpretación muy contestable, pero que cuentan con traducción en quince idiomas.

Originarios de Bohemia y Turingia

Para los antiguos, los Celtas eran los hombres que venían del frío. “Aquellos que habitan más allá de Iberia -escribía Aristóteles- viven en un clima frío que dificulta la existencia”.

De los habitantes de la Galia, el historiador latino Ammiano Marcelino (siglo IV antes de nuestra era) dijo que “forman un pueblo que se llaman los Celtas, del nombre de un rey de los gálatas, que los griegos nombraron galos”.

Hacia el año -2.200, las primeras tribus indoeuropeas, portadoras de la cerámica del torno y del hacha de guerra, hicieron su aparición en el este de Francia. Ellas introdujeron la rueda, el caballo y, según parece, el perro doméstico.

Hacia el -1.500 (edad media del bronce), hacen su aparición los primeros túmulos funerarios que albergan las cenizas de los protoceltas.

Hacia el -1.250, las grandes oleadas célticas recorren Bélgica, los Países Bajos, Inglaterra, Francia, Suiza y España. Esta dispersión está ligada a la extensión de la cultura de los “campos de urnas” en la Europa central, y quizás a las catástrofes naturales que quisieron perpetuar en recuerdo las leyendas de la Atlántida y de la ciudad de Ys, sumergidas por las aguas.

Escribiendo sobre los pueblos de la Galia, Ammiano Marcellino en efecto relata: “las gentes de más allá del Rhin hubieron de abandonar sus hogares debido a las vicisitudes de la guerra, ya que otros pueblos más belicosos ocuparon sus tierras buscando refugio de las aguas del mar y de los ríos desbordados, que habían anegado su patria”.

“Es posible -escribe Rachet- que ciertas inmersiones costeras de la época del bronce, como las que sucedieron en las riberas alemanas del Mar del Norte o las que causaron el hundimiento de los establecimientos vecinos de la isla de Heligoland, fuesen la causa de grandes migraciones de pueblos oriundos de estas regiones que buscaban escapar a otros cataclismos”.

La cuna de los Celtas propiamente dichos se sitúa en la región centroeuropea que limita al Oeste con Baviera y al Este con Eslovaquia, más precisamente en Bohemia y en Turingia.

A los ojos de los antiguos, la Germania no era más que una subdivisión de la céltica.

“Comparados a los Celtas -escribe Estrabón-, los germanos presentan pocas diferencias. Son, por ejemplo, de costumbres más rudas y salvajes, de una talla un poco más elevada y de un pelaje un tanto más rubio, pero entre ambos se descubren una misma lengua y un mismo género de vida. Han sido los romanos quienes les han dado este nombre de germanos con que se

apelan, palabra que, en su lengua, designa a los hijos de un mismo padre o una misma madre”.

Los especialistas distinguen, respecto a la era céltica, dos grandes periodos, que corresponden a dos localidades particularmente importantes: Halstatt, en Austria, a partir del 900 antes de nuestra era, y La Tène, en Suiza, a partir del -600.

El Imperio Céltico

Situada en las orillas del lago Neuchatel, la aldea de La Tène está situada a unos pocos cientos de metros de un antiguo modesto campamento céltico que, al parecer, sirvió de estación de peaje. Allí se han descubierto una serie de joyas, armas y aparejos especialmente bien conservados. La aldea ha servido para dar nombre al segundo periodo de la cultura céltica. Hacia el año -600, los Celtas de la región de La Tène se pusieron en marcha hacia el Sur y hacia el Oeste. Empujaron a los ilirios hasta el bajo Danubio, atravesaron Tracia y Macedonia y, a través de los Dardanelos, entraron en Anatolia y en el Asia Menor. Fundaron la ciudad de Sigidunum (la actual Belgrado) poco antes de asaltar el templo de Delfos con 150.000 hombres. Otro ramal salvaba los Alpes invadiendo la Italia septentrional. En el año -381 acampan frente a la muralla capitolina, en Roma. En ese momento, su imperio se extiende por territorios inmensos. Pero, a causa de su desorganización, su existencia será breve.

“La oleada expansionista fue descrita por los pueblos del Mediterráneo - comenta Harman. Posidonio, Estrabón y otros geógrafos e historiadores son conscientes que para recorrer la mitad de Europa, para saltar de los Alpes a los montes Tauros, los Celtas no han necesitado más que una decena de años”.

Por todos los lugares se descubren las huellas de los “Gael” (los Celtas): en el País de Gales, en la Galia, en la Galicia española, la Galizia rusa y la Galatia turca, pero también (alteración de Gal- en Wal-: Walles, “País de Gales”) en Valonia (“Wallonia”) y en Valaquia, etc.

Al Oeste los Celtas chocan con los íberos y los ligures, fundiéndose con los primeros y sometiéndolos a los segundos. Poco es lo que sabemos de estos pueblos. Su origen es muy discutido y no está demostrado. Los íberos han sido identificados entre los protoindoeuropeos o entre los descendientes autóctonos europeo-occidentales que, durante la edad de piedra, ocuparon las costas desde Gran Bretaña hasta el norte de África. Algunos investigadores británicos han querido identificar el antiguo nombre de Irlanda, “Hibernia”, con una “Hiber Land” (“Tierra de los Iberos”). Los más recientes estudios emparentan a los íberos con un pueblo indoeuropeo que habría emigrado a España desde el Cáucaso, donde existe otra región llamada Iberia. Sea como fuere, todo el centro de la España antigua era nombrada Celtiberia. Hoy también parece evidente que los celtíberos no resultaron de una unión

sanguínea entre Celtas e íberos, sino que la palabra quería significar a “los Celtas de Iberia”.

La identidad de los ligures, campesinos dolílocéfalos de baja estatura, es todavía más incierta. Parecen ser los habitantes originarios (cromagnoides) del sur de Francia y el norte de España. Estrabón y Posidonio señalan uno de sus pocos rasgos conocidos: eran monoteístas. Su rastro ha quedado marcado por los cientos de toponímicos que incluyen el nombre de su dios (Lug), desde Lyon (Lugdunum), hasta Lugo, en Galicia.

En la Galia, el periodo de La Tène comprende la segunda edad del hierro, desde el -475 hasta la pax romana. Aparece primero en Champagne (civilización de “marmien”), después en Borgoña y más tarde en la región parisina y en Bretaña.

La personalidad de los “Celtas continentales” se afirma rápidamente. Bajo su influencia, la Galia se transforma. Las poblaciones indígenas se someten. Las ciénagas son desecadas. Los Celtas se empeñan en la tarea de desbrozar y explotar el terrible bosque herciniano, que había permanecido virgen durante milenios. Desarrollan, con suma habilidad, la metalurgia del hierro para su utilización en aperos agrícolas.

El país es rico en minerales. Abundan en oro y el hierro. La Galia queda situada en el centro de las grandes vías comerciales de la Antigüedad: la ruta del ámbar, que parte del Mar del Norte y Schleswig, y la ruta del estaño, que alcanza por vía marítima las islas Casitérides (las islas Scilly, en la costa de Cornualles), para desembocar ambas en el Mediterráneo.

La ganadería comprende las aves de corral, la oveja, los bóvidos y, sobre todo, el cerdo, animal criado de manera semisalvaje que casi alcanza el status de tótem y que, según Estrabón, eran tan vigorosos que los mismos lobos se cuidaban de atacarles.

El dios del martillo y la diosa de los caballos

J. A. Mauduit, especialista en arte prehistórico y autor de un ensayo sobre La epopeya de los celtas, ve en “lo celta” “un modo de vida estable antes que una visión del mundo nómada”. Y Precisa: “Al contrario que el mediterráneo, hombre de la ciudad, el celta fue un hombre del campo, en comunión directa con las fuerzas de la tierra y de la naturaleza. Su religión fue una religión del Sol”.

No es exactamente así. Más parece una religión del cielo, y de un cielo solidamente unido a la tierra. El dios principal del panteón galo, Teutatis, presenta el tipo de “divinidad nacional”. Su nombre proviene de tuah (“tribu”) y tais, forma antigua diminutiva del galo tad (“padre”). La traducción es evidente: “Papá del pueblo”, “Padre de la Patria”.

Entre los otros dioses célticos figuran Esus, Lug (adaptación del Lug de los ligures), Dagda, Taranis (el dios tronante portador de la rueda solar), Brigit

(la Santa Brígida de la tradición cristiana), Epona (la diosa de los caballos y las cosechas), etc.

Sucelus, el dios del martillo (pariente cercano de Thor, el “dios del martillo” de los antiguos germanos y, sin duda, de Perkunas, el dios eslavo del rayo), tuvo un rol especialmente particular, como se deja suponer en sus numerosas supervivencias.

“En Bretaña, todavía a finales del siglo XIX – relata Mauduit – persistía la tradición del “martillo de la buena muerte”. Se trataba de un mazo que servía para evitar las agonías dolorosas. El más anciano o la más anciana de la aldea, después de avisar al moribundo, le aplicaba la eutanasia golpeándole sobre la cabeza y simulando abrir el cráneo en el momento del último suspiro”. También es conocido que el fallo de un juez no es efectivo hasta que no golpea el atril con su martillo, o que el fallecimiento de un papa no está certificado hasta que el secretario del colegio cardenalicio no golpea su frente con un martillo después de pronunciar la fórmula ritual: “El papa ha muerto”.

San Patricio y Ossian

Las fiestas principales de la cronología de los celtas son cuatro: Imbold, el primero de febrero, que ha sobrevivido en la festividad de la Candelaria; Beltaine, el primero de mayo, que corresponde a la célebre “noche de Walpurgis”, fiesta celebrada en Alemania y en toda la Europa central; Lugnasad, el primero de agosto, fiesta del dios Lug, que en la época de Augusto se confundió con la onomástica del emperador y devendría la gran fiesta “federal” de la Galia romanizada; Shamain, el primero de noviembre, día en que los antepasados pueden irrumpir en el mundo de los vivos, en el que el mundo cristiano celebra la noche de difuntos y los anglosajones su festividad de Halloween.

Contrariamente a la opinión generalizada, el druidismo no aparece sino a finales del siglo VI antes de nuestra era, y siendo un culto importado del exterior.

“Los druidas – comenta Guy Racher – son figuras desconocidas en las comunidades célticas de la Europa central y oriental. En la época de César están perfectamente asentados en la Galia, a donde llegaron desde el sur de Inglaterra. Todo indica que son los herederos de una vieja casta sacerdotal de los pueblos autóctonos de la Gran Bretaña meridional, a la que los Celtas habrían permitido continuar con sus ritos”.

Y añade: “Más precisamente, ¿por qué no habrían de ser los herederos de los hiperbóreos de los que hablaba Diodoro, habitantes de una gran isla frente a la Céltica (que no puede ser otra más que Inglaterra) y que se consideraban todos sacerdotes de Apolo Hiperbóreo, al que celebraban cada año con himnos y cantos en un gran templo circular ornamentado con ricas ofrendas?

Este templo se ajusta perfectamente a la descripción del monumento megalítico de Stonehenge”.

Alwin Rees - Brinley Rees, Celtic Heritage Al igual que en toda Europa, el paganismo y el cristianismo hubieron de enfrentarse en la antigua Celtia. Un viejo texto irlandés, conservado en varios manuscritos, relata el diálogo legendario entre Ossian y San Patricio. Ossian empieza recordando las aventuras y las gestas de los tiempos antiguos, las cacerías, las fiestas de la corte y los músicos al servicio de los viejos reyes. “Si ellos aun estuviesen aquí – dice a Patricio -, tu no recorrerías los campos con tu tropa cansina de recitantes de salmos”. Y más tarde añade: “Este es mi relato. Aunque mi memoria ya es débil y el reuma atormenta mis huesos, prefiero continuar cantando las gestas del pasado y vivir las glorias antiguas. Soy viejo y mis días están contados. Mi mano ya no puede sostener la espada ni mi brazo puede arrojar la lanza. Mis últimas horas están condenadas a permanecer entre los tristes cantos de los clérigos, esos salmos que han tomado el lugar de las canciones de la victoria”.

Renan, comentando el texto, escribe: “No conozco más curioso espectáculo que el de esta revuelta de los sentimientos viriles del heroísmo contra el sentimiento femenino que fluye a borbotones en el nuevo culto. Lo que exasperaba, en efecto, a los viejos representantes de la sociedad céltica era el triunfo exclusivo del espíritu pacífico, de estos hombres vestidos de lino que cantaban salmos de voz triste, que despreciaban la juventud y que no conocían a los héroes...>> (Ensayos de moral y de crítica).

El último rey pagano de Irlanda fue Loegaire. Patricio no consiguió su conversión. Quiso ser enterrado de pie, con todas sus armas. Pero Arturo, que había abdicado de su divinidad, al finalizar hizo rezar un pater noster. Ossian acabó sus días en un claustro. El mismo Merlín, según una leyenda difundida por los monjes, se rindió a los argumentos de San Colombano.

Los Celtas se tomaron su revancha. El cristianismo fue penetrado por el influjo de sus mitos. De ahí la larga lucha de las iglesias bretonas contra las pretensiones romanas, descritas por Agustín Thierry. De ahí Scoto Erígena, Duns Scoto y los razonamientos intelectuales de los monasterios irlandeses, que dejaban perplejos a los nuncios latinos.

El gaélico y el britónico

Las lenguas célticas constituyen la rama más occidental de las lenguas indoeuropeas. Comprenden las lenguas gaélicas o “q-célticas” (que conservan la “q” del indoeuropeo “kwe”, como en el latín equus, “caballo”) y las lenguas britónicas o “p-célticas” (que transforman la “kwe” en “p”, como en el griego hippos o el galés epos, “caballo”).

Hilda Roderick - Ellis Davidson, Myths and Symbols in Pagan Europe: Early Scandinavian and Celtic Religions En el primer grupo figuran el gaélico

irlandés, el gaélico escocés y el manx (hablado en la isla de Man). También engloba al celtíbero, que conocemos gracias a unas pocas inscripciones como la célebre placa de bronce de Botorrita. El segundo grupo comprende al antiguo galo (que desbordaba los límites de la Galia histórica), el galés, el cornoico (la lengua de Cornualles) y el bretón.

El céltico continental (el antiguo galo) desapareció primero de la Europa central siendo sustituido por el germano, y después de la Galia por influjo del latín.

Otras lenguas han sobrevivido. Cíclicamente, los restos del mundo celta suelen pasar la prueba de un “Renacimiento” bajo la influencia de tendencias políticas y culturales. Aunque el francés fue declarado lengua oficial siete años antes de la anexión de Bretaña (1532), la lengua bretona es empleada cotidianamente por 750.000, de las que 25.000 son monolingües.

“La lengua bretona – escribe Paul Sérant – nunca fue hablada en la totalidad de la península armoricana. Pero desde el siglo X es la única lengua hablada al oeste de una línea que uniría las ciudades de Saint-Brieuc y Paimboeuf. Hoy día su dominio comprende la totalidad de los departamentos de Finisterre y Côtes-du-Bord y parte de Morbihan”.

Las leyendas de los pueblos célticos son la imagen de su arte: se entrelazan las unas con las otras. Los relatos tienen múltiples reanudaciones, los héroes tienen personalidades muy complejas. Recogida por los rapsodas irlandeses, los filid, y por los monjes cristianos, quienes censuraron un importante número de pasajes, la literatura irlandesa se compone de ciclos históricos y mitológicos (ciclo del Ulster, ciclo de Finn, ciclo de los reyes, etc.) en donde actúan los antiguos dioses del Eire, los Tuatha de Dannan, y los héroes legendarios, como Conchobar y Cuchulain.

“Los monjes irlandeses – explica Jean Markale -, desde el siglo X, transcribieron en lengua gaélica la mayor parte de las leyendas célticas paganas que hasta entonces habían sido transmitidas por vía oral, o quizás se conservaron en manuscritos anteriores”. Pero “Los monjes, aun cuando no modificaron todo aquello que no comprendían, suprimieron o tergiversaron los pasajes que consideraban ofensivos a su celo cristiano. Así resulta que nos han llegado una gran cantidad de textos, pero la mayor parte incompletos o deliberadamente truncados”.

El personaje más importante de la tradición gaélica es una especie de Hércules celta llamado Cuchulain. Un misterio pesa sobre su nacimiento. Su padre no sería otro sino el dios Lug, divinidad pancéltica honorada el primero de agosto.

Los grandes textos literarios

Cuchulain ocupa en los relatos irlandeses un lugar comparable al de Lanzarote del Lago en el ciclo de las novelas britónicas de la Mesa Redonda, popularizadas por Chretien de Troyes durante el siglo XII.

Desde su aparición, sobre 1155, escribe Joseph Bédier, “el romance en prosa de Lanzarote del lago fue considerado como el Espejo de la caballería, la Summa de toda cortesía, el Romance de los romances”. Las aventuras de Merlín, de Arturo y Gálahad, de Gauvain y Ginebra, de Pársifal y Lohengrim, nunca han dejado de ser justamente célebres. Nunca han dejado de ser reeditadas.

Book of Kells. Particolare

Las viejas leyendas célticas fueron redactadas entre los siglos IX y XV. Obras en prosa, poesía cortesana, literatura bárdica, grandes gestas épicas, obras de todo tipo literario que forman parte del patrimonio europeo. La Edad Media conoció las cuatro ramas del Mabigoni, textos galos conocidos por manuscritos tardíos que ofrecen una perfecta descripción de la antigua sociedad britónica. En el siglo IX estuvo muy difundida la Navegación de San Bandrán, un relato en latín que narra los viajes de un monje llamado Bandrán o Borondón, quien se embarcó en busca del Paraíso, en el que es fácil ver un avatar del héroe céltico Bran y su viaje al Tyr na n’Og, la tierra de las Hadas, y que no deja de recordarnos a los argonautas y la Odisea. Renan describirá la obra como “una de las más altas creaciones del espíritu humano y la más completa expresión del ideal de los Celtas”.

En 1155 Robert Wace traduce la primera historia de Arturo al francés. En el siglo XIV las obras del poeta galés Dafydd ap Gwilym (1320-1380) conocerán una fama multinacional. Durante el siglo XVI, la poesía bretona no es la menos renombrada: Marie de France cita el “Lay du Laustic” (del bretón eastig, “ruiseñor”).

Sin embargo, todos estos textos no entraron sino hasta fechas muy tardías en las antologías literarias. “Hubo un tiempo – escribe Jean Markale – en que las literaturas célticas fueron consideradas inexistentes. Los eruditos consideraban inconcebible pretender poner en paralelo las obras célticas o germánicas con las griegas y latinas”. Los pueblos del Norte eran bárbaros, tardíamente encauzados por la civilización. Ex oriente lux. De la antigua literatura irlandesa, J. P. Mahaffy dijo en 1889: “Lo que en ella no es estúpido, es indecente”.

Gracias al romanticismo, estas obras imprescindibles, que fueron transmitidas en los pequeños cenáculos de generación en generación, pudieron ser redescubiertas. Napoleón se entusiasmaba con los relatos de Ossian. El siglo XIX sufrió el virus de la “celtomanía”. Enseguida llegaron los arqueólogos, los historiadores y los lingüistas.

Al igual que los romanos, los Celtas “pensaron míticamente su historia”. En sus relatos, como en las sagas germánicas, se redescubren los temas de la tragedia griega: ética del honor y sentido del deber, inexorabilidad del destino. Estas analogías no han pasado desapercibidas para los investigadores.

“De hecho, todos tienen un fondo común indoeuropeo“, escribe Jean Markale al tiempo que precisa: “Los helenos, sobre todo los aqueos, se segregan de la masa aria más o menos al mismo tiempo que los celtas Gaels. Unos y otros habían compartido, además de la lengua, las mismas tradiciones y creencias, así como el mismo modo de ver las cosas”.

Amantes apasionados de la guerra

Describiendo los trazos característicos de la civilización céltica, Guy Rachet cita el régimen aristocrático y el rol de la nobleza, la dispersión de las ciudades, las alianzas de sangre, el intercambio de regalos, el sistema de la “clientela”, etc.

Entre los Celtas continentales, la autoridad paterna era muy estricta. La regla es la familia patriarcal monogámica. En Gran Bretaña e Irlanda las costumbres maritales eran más libres, tanto que en el siglo IV provocarán la indignación de San Jerónimo. “En Hibernia – escribe -, las gentes no se someten al matrimonio. Todo isleño que lo desea retiene una mujer y se abandona a sus pasiones del mismo modo que los animales”. Virtuosa exageración.

La mujer gala sigue a su marido a todos los sitios. “Los Celtas marchan al combate – relata Amnio Marcelino – acompañados de sus mujeres, que a veces guerrean con más fiereza que los hombres>>.

Plutarco, en su tratado sobre La virtud de las mujeres, cita el ejemplo de la gala Chiamara esposa de Ortiagon, que hizo decapitar al centurión romano que la había violado y arrojó su cabeza a los pies de su marido. “Mujer, le dijo Ortiagon, la fidelidad es algo bueno”. “Es aun mejor, respondió ella, que ningún hombre, excepto mi señor, pueda vivir después de haberme poseído”.

El comportamiento guerrero es una de las constantes del espíritu celta. Los galos fueron amantes apasionados de la guerra. Los autores antiguos subrayan su coraje al mismo tiempo que su indisciplina, lo que contribuía a sus derrotas.

Polibio, que fue testigo, lo relata: “El aspecto del ejército de los galos era imponente y terrorífico, sobre todo por el gran estruendo que formaba el número incontable de los cuernos y las trompetas, los únicos instrumentos que podían oírse por encima del griterío de los soldados”.

“Todos los pueblos pertenecientes a la raza de los galos – anota Estrabón – son amigos de la guerra, irritables y prontos para llegar a las manos, simples pero poco maliciosos, de tal modo que habilidad militar no suele acompañar a sus grandes esfuerzos”.

Soldados natos, fueron reputados mercenarios. Durante el siglo III antes de nuestra era, asegura Justino, “Los reyes de Oriente no se aventuraban en la guerra sin contar con una reserva de mercenarios galos”.

Sin disciplina, al combatir en masa perecían en masa. A la guerra seguían los sollozos de los cantos fúnebres y las evocaciones de los difuntos. Como relata la leyenda: “Cuchulain se puso a reír / y fue la última vez que rió Cuchulain. / Las sombras de la muerte le envolvieron. / Fatalmente herido / caminó con paso corto hasta un lago cercano / y en él se bañó”. En la orilla del lago, el héroe se ató a un pilar de piedra, a fin de no caer y poder así morir en pie.

Siglos más tarde, el bretón Chateaubriand evocará con tristeza y respeto a “los héroes errantes en medio de las cenizas, las nubes y los fantasmas”.

Estructuras de la mitología nórdica

Renauld-Krantz es el responsable de la edición de una Antología de la poesía nórdica antigua aparecida en 1864, hasta ahora la mejor selección de textos eddicos y escáldicos accesible al público.

A partir de la antigua literatura nórdica, Renauld-Krantz profundiza en el carácter de los antiguos dioses germánicos a la búsqueda de estructuras, es decir formas organizadoras, constitutivas e irreducibles a simples procesos históricos, de la religión germánica.

La mitología nórdica prolonga en sus grandes líneas una mitología germánica común, sobre la cual profundizaron los autores de la Antigüedad (Tácito) y la Edad Media (Adam de Breme, Saxo Grammatico) antes que los modernos (Jacob Grimm, Jan de Vries, Georges Dumézil, Otto Hofner), buscando sus contenidos.

“Escandinavia – escribe Renauld-Krantz – es, en efecto, el único país germánico (y uno de los raros países de Europa) en donde la literatura todavía se baña en el paganismo. Si exceptuamos las inscripciones rúnicas, los primeros monumentos de esta literatura datan del siglo IX, y los últimos documentos religiosos importantes del siglo XIII. En esta época, Escandinavia ya era cristiana desde doscientos años atrás (en Islandia, la adhesión oficial al cristianismo fue proclamada justamente en el año 1000)”.

El paganismo continúa viviendo en los cultos locales, las tradiciones de las familias campesinas y las costumbres populares.

Las tres funciones

Las figuras dominantes de la mitología escandinava son: por una parte los Ases Tyr, Odín (Wotan, en la Alemania meridional) y Thor (Donar, en bajo alemán); por la otra, un conjunto de divinidades (Njordh, Frei y Freya,

principalmente) que forman la familia de los Vanes y suelen patrocinar sectores o actividades determinadas.

Este panteón se articula en torno a tres funciones que son la base de la estructura ideológica de los indoeuropeos tal y como pudo ser establecida por Georges Dumézil: el sacerdocio y la soberanía (plano cósmico, primera función, con Tyr y Odín), la fuerza militar y guerrera (plano humano, segunda función, con Thor), la fecundidad y la productividad (plano social, tercera función, con Nyordh, Frey y Freya).

En el origen de la armoniosa sociedad de los dioses, el mito germánico localiza una “guerra de fundación” que enfrentó a los Ases y los Vanes (el mismo tema se descubre entre los romanos, bajo una forma historizada, con las guerras etruscas; o entre los indios, en la epopeya del Mahabharata). Una diosa vane, Gullweig (es decir, “sed de oro”) es la causa. Divididos, los Ases son derrotados y los Vanes invaden su territorio, Asgard (“El jardín de los Ases”; cfr. alemán Garten, inglés garden, “jardín”). Pero los Ases terminan por imponerse, ya que su jefe, Odín, que conoce el secreto de las runas y vigila el orden del mundo, consigue “domesticar” a los asaltantes gracias al poder de unión de su magia.

En la sociedad unificada que sigue a este periodo de discordia, los Ases obtienen las funciones de soberanía (Odín) y de combate (Thor), en tanto que los Vanes obtienen la función económica: son los encargados de producir las riquezas. Tal es la forma de “contrato social” entre los indoeuropeos.

La función de soberanía comprende dos aspectos: uno “jurídico” y religioso, el otro “político” y administrativo. El hecho de que se encuentren asociados muestra que, en la sociedad de los dioses (y, por extensión, en la de los hombres) deben obligatoriamente ir a la par. El aspecto político establece la relación de autoridad, o de coacción; el aspecto jurídico establece, mediante la noción de “ley”, la justificación de esta autoridad, al mismo tiempo que asegura la cohesión social y la buena marcha del mundo. Entre los antiguos nórdicos, el mando implica un apoyo y protección asegurados por la “fidelidad” (Treue), de la que se pueden citar muchos ejemplos, desde la pax romana (ciudades sometidas y protegidas) hasta el sistema feudal (relaciones entre vasallo y soberano).

La unión de la razón, la pasión y el trabajo

Toda una tradición historicista ha querido ver en el mito de los Ases y los Vanes el recuerdo más o menos deformado de dos pueblos diferentes; el uno viviendo de la caza y la ganadería, el otro de la agricultura, que habrían combatido entre sí antes de superponerse. Los arqueólogos han avanzado los nombres de Megalithenvölker (“pueblos de los megalitos”) y Streitaxvölker (“pueblos del hacha de guerra”). Hasta que Georges Dumézil, en su obra *Los dioses de los germanos* (1959), escribió:

La dualidad entre los Ases y los Vanes no es un reflejo de eventos del pasado. Lo que aquí se esconde son dos términos complementarios de una estructura religiosa e ideológica unitaria; dos términos en donde el uno implica al otro, y que son expresión común de todos los pueblos indoeuropeos“.

En un estudio titulado *Histoire et société*, aparecido en la revista *Nouvelle École*, Giorgio Locchi precisa: “Lo esencial es que, efectivamente, los Ases y los Vanes representan dos modos de vida diferentes: de una parte la antigua tradición de los grandes cazadores-recolectores; de la otra la nueva sociedad de los productores, que se infiltró por aculturación en el seno de las culturas indoeuropeas”.

La sociedad ideal realiza entonces la unión de la inteligencia (de la razón) de la fuerza (la pasión) y de las virtudes apetitivas (el trabajo). Los Ases ocupan una posición dominante; los Vanes una posición subordinada. Pero esta jerarquía constituye un conjunto armónico. Todos los dioses se reúnen para combatir contra Utgard, la comunidad de los monstruos y los gigantes. “Los dioses se oponen a los gigantes – precisa Renalud-Kreantz – como los civilizados a los salvajes, al mismo tiempo que como los padres a los hijos”.

Los dioses principales son Odín y Thor. El primero está asociado al aire y al viento, el segundo al fuego y al rayo (los Vanes son entidades de la tierra y el agua).

Odín no es el creador, pero sí el ordenador del mundo. Él garantiza (junto con Tyr) el orden del cosmos. Dios de los reyes, es también el rey de los dioses. Al igual que sus homólogos indoeuropeos (Zeus-Pater, Júpiter, Varuna etc.), su poder reposa en la ciencia y la magia. Sus éxtasis son de orden uránico, celestial y espiritual.

Thor, dios de la guerra y la tormenta, es hijo de Odín, como el trueno es hijo del cielo. Al igual que el rayo se abate sobre la tierra su actividad se despliega sobre el plano humano. Su poder reposa no en la sabiduría, sino en la fuerza física, simbolizada por su martillo. Thor encarna la virtudes del corazón y de la acción: coraje, generosidad y lealtad.

Entre “Barbarroja” y “Barbagrís”, es decir entre Thor y Odín, comenta Renauld-Krantz, existe una relación estructural binaria, demostrada por numerosos documentos.

“Odín es el dios de las funciones intelectuales, cuyo asiento está simbolizado en la cabeza Thor es el dios de las funciones activas, cuyo asiento está simbolizado por el corazón al mismo tiempo que su medio de expresión y de aplicación es el cuerpo. Odín representa el poder del espíritu y Thor la fuera del cuerpo, y el dúo Thor-Odín expresa la misma polaridad que la dualidad cuerpo-espíritu”.

En la religión védica se descubre una relación análoga entre Varuna e Indra. El hinduismo ha conservado el eco, muy deformado, en la oposición entre Shiva y Vishnú.

Las relaciones entre Thor y Odín también traducen una relación original entre los edades cronobiográficas que también lo son de jerarquía: el padre y el hijo, el soberano y el guerrero, el rey y el caballero. Por el contrario, la tercera función, que trata de la fecundidad (humana) y de la productividad (económica) se relaciona por una parte al elemento femenino, sin distinción de edad, y por la otra al gran número: el pueblo, la masa, el Tercer Estado.

El “Guardián del Santuario”

A partir de la alta Edad Media, el culto de Thor tomó la primacía sobre el de Odín. Su nombre se inscribe en numerosos patronímicos y locativos, en los nombres propios de personas y lugares. En el gran templo pagano de Uppsala, nos dice Adam de Breme, era el dios del martillo quien ocupaba el lugar principal. Era, en efecto, el momento de las conquistas. Y de las respuestas.

Escuchemos a Renauld-Krantz: “Thor, en los finales del paganismo, se convirtió en el combatiente y el defensor de los dioses, el “guardián del santuario”. Nada lo prueba mejor que la invocación general, en la que es sujeto, de los paganos contra el cristianismo emergente. Es a él a quien invocan los creyentes de la antigua fe: es a él, y no a Odín, quien oponen a Cristo, a San Olaf y a los conversos”.

Y concluye: “Las nociones sobre la personalidad que tenían los antiguos escandinavos, su conocimiento de las capacidades humanas, de una cierta imagen del hombre, ni mucho menos reflejan un pueblo “bárbaro”. El hombre se sentía proyectado en el mismo universo que intentaba explicar, de tal modo que no es exagerado explicar su mitología como una suerte de antropología cósmica”.

Traducción de Santiago Rivas.

La Galia romana

“En la hora en que numerosas voces denuncian los males del colonialismo, cuando las naciones colonizadoras se enfrentan a su impopularidad, la Galia romana nos ofrece el precedente de una empresa colonial que, a través de cuatro siglos, aportó grandes beneficios tanto al colonizado como al colonizador”.

Jean-Jacques Hatt, profesor de letras en la universidad de Estrasburgo, es el benjamín de una gran familia de braceros alsacianos. También es arqueólogo aficionado, y uno de los grandes, hay que añadir. Los domingos recorre la campiña a pie señalando todos los lugares interesantes con precisión

metódica. Nombrado conservador del museo arqueológico de Estrasburgo, ha publicado varios ensayos sobre los enterramientos galloromanos, sobre la religión celta y sobre Estrasburgo en tiempos de los romanos. Le debemos, especialmente, una bella interpretación (siguiendo los trabajos de Dumezil sobre la ideología tripartita de los indoeuropeos) de los motivos que figuran en las planchas de plata del célebre caldero céltico de Gundestrup.

En cuatrocientas páginas, Jean-Jacques Hatt, utilizando los testimonios de la historia aportados por los descubrimientos arqueológicos, ha puesto los puntos sobre las íes. Su *Historia de la Galia romana (Histoire de la Gaule romaine)* cubre un periodo que abarca desde el año 120 antes de nuestra era hasta el 451.

La obra está dedicada a los resistentes de Gergovia, aplastados por los legionarios de César. Pero el conquistador también aparece bajo el semblante de una noble figura. El autor no comparte la opinión de Tito Livio, quien consideraba las campañas del procónsul romano contra los helvecios y los germanos, después de la conquista de la Galia, simples iniciativas personales destinadas a debilitar a los “pacifistas” del Senado.

De Bello Gallico

“Observando sus movimientos –escribe Jérôme Carcopino en el prefacio–, César, que tenía en mente la noble visión de un Imperio habitado menos por sujetos que por asociados, intentaba realizar en la Galia una obra parecida a la que Pompeyo había edificado en Asia: pretendía limitarse a rodear la provincia, preexistente, de la Narbonense con una centena de tribus célticas que, elevadas al rango pueblos protegidos por Roma, habrían continuado bajo esta égida, gozando de un régimen que hoy día definiríamos como autonomía interna”.

El destino decidirá de otra manera. En año 58 antes de nuestra era, César es reclamado por los habitantes de la Narbonense, inquietos ante las razzias de los celtoligures y los galos. El protectorado que ha intentado instaurar es un fracaso. La revuelta amenaza. Los embajadores romanos son masacrados en Cenabum. Es el comienzo de la insurrección: *De bello gallico*.

“La tribu que, en el invierno del –54, da la señal de sublevación es la de los carnutes. César había hecho instalar como rey a Tasgetios, quien fue asesinado por los partidarios de la independencia”.

¿Hay que concluir que los sacerdotes del culto céltico no fueron ajenos a la declaración de las hostilidades? El bosque de los Carnutes era un gran centro de peregrinación en honor de los dioses celtas, y en el lugar donde hoy se levanta la catedral de Chartres todos los años se celebraba la gran convención de los druidas. El responsable de la sublevación fue un tal Gutuater, a quien las crónicas romanas presentan como un hombre ilustrado. “Gutuater”,

explica Jean-Jacques Hatt, es un nombre común que significa “gran padre” o “jefe de los padres”, esto es: jefe de los druidas.

Al año siguiente los auvernios se suman a la sublevación. Su caudillo, Vercingetorix, toma el mando de una gran coalición antirromana. Es derrotado. Ordena entonces la táctica de la guerrilla. Es nuevamente derrotado. Después, ordena la táctica de la tierra quemada.

Las legiones de César siguen avanzando. Vercingetorix razona en términos de “maquis”. Los eudones y los bellovacos se suman al movimiento de resistencia. Pero César, en una magistral maniobra envolvente, sube hasta las fronteras de Germania para atacar desde el Norte en vez de por el Sur. Los galos se retiran a las fortalezas del macizo auvernico. Es el episodio de Alesia, seguido de la capitulación.

Las tribus que, en año –52, participaron en la defensa de Alesia procedían de todos los rincones de la Galia. El análisis de las armas y aparejos descubiertos en el campo de batalla así lo confirma. Estos instrumentos están expuestos en el museo galorromano de Saint-Germain-de-Laye, inaugurado en 1862 por Napoleón III.

Hermann el querusco

En la sala del museo consagrada a la conquista, se expone una maqueta que muestra los trabajos romanos empleados en el cerco del monte Aixois, las máquinas de guerra, los arietes móviles, las rampas y las catapultas, que atestiguan el mimo y la diligencia de los artesanos del aguilucho [Napoleón III, NdT].

En el año –50, la resistencia es definitivamente liquidada con la sumisión de los armoricanos, los carnutes y los aquitanos. Se conoce la suerte de Vercingetorix vendido como esclavo: *Vae Victis!*

Quince años más tarde, la conquista es un hecho consumado. La romanización comienza a dar frutos. Las fronteras se estabilizan, los galos muestran una fidelidad absoluta a la dinastía flavia, defendiendo los márgenes ante cualquier amenaza. La Galia deviene romana, durante cuatro siglos, antes de ser merovingia.

Los germanos, por el contrario, se muestran irreducibles. Por las gargantas del Ródano, las legiones se lanzan al asalto de las tierras al norte del Rin, sin resultados. Flujo y reflujo, avances y retrocesos: todos los inviernos los germanos recuperan las comarcas ganadas por Roma en los vranos. Entre Metz y Estrasburgo, los campos están sembrados por los restos de las batallas.

Un general romano de mediocre envergadura, Quintilio Varo, es cercado por la tribu de los queruscos al mando de Arminius (Hermann), noble germano que antaño sirvió en el ejército romano como oficial. Hostigados desde todos los puntos, las legiones se ponen en marcha y se adentran en los bosques. El asalto final se libra en la región de Detmold. Ningún oficial

romano logra escapar de la Selva Negra. Solamente unas pocas decenas de soldados rasos y algún que otro decurión pueden dar testimonio en Roma. De las tres legiones y nueve cuerpos auxiliares, más de 20.000 hombres, dos tercios de las tropas del Rhin, nunca más se supo. Germania escapa al control del Senado.

Durante años, nos cuenta Suetonio, Octavio Augusto solía despertarse a media noche, entre gritos: “¡Varo, Varo! ¿Dónde están mis legiones?”

En el año 14 de nuestra era, Germánico, sobrino de Tiberio, enviado para vengar a Varo, se empeña en una campaña de masacres y devastaciones entre el Rhin y el Lippe. El santuario más célebre de toda Germania, el pilar de madera que representa a Wotan, en Tanfana, es destruido. Pero dos años más tarde, la flota enviada por Germánico para atacar la retaguardia germana naufraga frente a la isla de Albacia (Helgoland). Los germanos nunca cedieron en su independencia y, hoy en día, la estatua de Hermann el querusco se alza en el bosque de Teutoburgo.

Roma, con el devenir de los tiempos, sería destruida por aquellos a los que quiso someter. Las primeras invasiones de los alanos y los vándalos no llegarán hasta el año 352. Durante tres siglos los germanos no pudieron ni pensar en tomar represalias contra el enemigo.

Jean-Jacques Hatt observa: “Basta pensar en las dificultades del ejército francés para asegurar la frontera argelina para constatar que, con cuatro legiones y las complementarias tropas auxiliares, unos 50.000 hombres, los romanos se bastaron para asegurar durante doscientos años la frontera renana, el Mar del Norte y el alto Danubio. Nos es forzado concluir que las tribus germanas no quisieron, voluntariamente, forzar las defensas y que prefirieron vivir en buena inteligencia con sus vecinos”.

El contraste entre la actitud de los galos y la de los germanos es flagrante. Solamente la Galia conoció las ventajas de la romanización, aunque siempre se reservó ciertas características de su personalidad.

“¿Cómo fue que estos galos, que entre los años 58 y 50 aC lucharon fieramente por su independencia, durante el reinado de Nerón fueron los sujetos más leales al Imperio Romano?”

El espíritu “provinciano” de la Galia conquistada

Jean-Jacques Hatt responde que, a principios de nuestra era, la Galia era el teatro de operaciones de importantes intercambios culturales y comerciales.

“El helenismo había abierto el camino a la romanización, y por esta vía los galos pronto se convirtieron en ciudadanos romanos”.

Después de haber sufrido bajo Calígula, la Galia respira durante el gobierno de Nerón. “El reinado de Nerón está marcado por una preocupación sistemática por las provincias occidentales. Los progresos, en el

sentido de una asimilación económica y cultural y una integración política, continúan penetrando en la Galia. En ella se desarrolló un espíritu provinciano, que en nada tiene que ver con un nacionalismo indígena, sino más bien de conciencia romana y de reacción contra los excesos de la capital y del núcleo imperial”.

Marco Aurelio (161-180) es uno de los últimos grandes emperadores romanos. Filósofo estoico, fue el representante de un ideal “que el paganismo había elaborado por la mezcla y posterior selección de lo mejor de las religiones paganas y las filosofías griegas”.

Poco después, los cristianos aparecen en Lyon. La población no les presta atención. Una carta dirigida por los lyoneses del partido cristiano a sus hermanos de Oriente “provoca que la comunidad cristiana, hasta el momento poco numerosa, se reclute esencialmente entre los elementos orientales, especialmente entre los asiáticos y los frigios”. Eusebio menciona a diez mártires, entre los que se encuentra Potino, diácono de Arlés. Es el principio de un enfrentamiento entre el culto naciente y el paganismo galorromano. La evangelización comienza en el siglo II, con Ireneo.

Después del asesinato de Caracalla, en el 217, el Imperio Romano degenera rápidamente. Macrino se sumerge en las devociones y los vicios. El sirio Heliogábalo, gran sacerdote de Baal, es proclamado dios supremo del Imperio. Las princesas exóticas reinan sobre la ciudad de Catón. La economía está en crisis. Los esclavos se sublevan. Una vez desaparecida la dinastía de los Severo, se suceden los periodos de anarquía. Roma ya no es Roma. A cada pronunciamiento, el ejército del Rhin acude para poner orden, abandonando las fronteras y abriendo el acceso de la Galia a los francos y los alamanes.

Una especie de imperio galo se esboza en la Galia del norte y del noreste. El país se divide en una Diócesis de las Galias, al norte del Loira, y una Diócesis de Arlés, que comprende Aquitania, la Narbonense y los Alpes hasta Ginebra.

El ascenso de Constantino, con el edicto de Milán, abre un nuevo periodo de incertidumbres. Pero Juliano logra restablecer la calma, imponiendo el orden en la Galia. “Fue recibido con gran alegría por los habitantes de Arlés” precisa Hatt. “Los habitantes de la ciudad vieron en él una especie de genio tutelar, capaz de conjurar los desastres de los tiempos”. El “Apóstata” encauza la situación política, económica y financiera, restituye la justicia en su derecho. La Galia ama a su César, comparado a “un Sol que resplandece con serenidad en el cielo y disipa el horror de las largas tinieblas”.

La Galia romana vive sus últimos momentos felices bajo Graciano (375-383). Pero la situación se degrada de nuevo. La decadencia sigue su curso. En las fronteras, los alamanes están muy agitados. En la capital, el viejo espíritu romano no es más que un recuerdo. San Martín comienza la evangelización de

los campos y aldeas. Por todas partes, los campesinos, los “pagani” (pagus, “campo”) rechazan abandonar la fe de sus padres y permanecen fieles a las divinidades de los ríos y de los bosques. Teodosio proscribe el paganismo bajo pena de muerte. Iglesias y monasterios se instalan para atravesar, intactos, la larga noche medieval.

Durante el siglo IV la frontera renana se derrumba. La Galia poco a poco, se disloca de la autoridad imperial. Hatt precisa: “La causa no es el nacionalismo galo, sino los desastres inherentes al sistema del bajo imperio”. En el 406, la irrupción de los vándalos, de los suevos y de los alanos pone término a las especulaciones. La Galia deja de ser romana.

Traducción de Santiago Rivas

El misterio Etrusco

“El pueblo etrusco no solamente hablaba – afirma Zacharia Mayani –, también bromeaba, ironizaba, cantaba y exaltaba a sus dioses, rezaba y dirigía exhortaciones a las sombras de sus antepasados, enviaba misivas a Alejandro Magno, a Pirro y a Aníbal en su propia lengua, una lengua lacónica y vigorosa, pero no brusca”.

¿Quedará resuelto algún día el misterio etrusco? Y por cierto, ¿quiénes son los etruscos?

Los indoeuropeos alcanzaron la península itálica hacia el año 1200 antes de nuestra era, en plena edad del bronce. La fundación de Roma, que se atribuye a los umbros, está fechada el primero de abril del –753. Dos siglos más tarde, los romanos se volvieron violentamente contra los habitantes de Etruria, territorio situado entre la Umbría, la isla de Elba y el Lacio. Las más antiguas crónicas en latín relatan la guerra contra el rey etrusco Porsenna, en el –507, así como las gestas del tuerto Horacio Cocles y el manco Muncio Scaevola, en quienes Georges Dumezil ha visto unos “avatares históricos” que corresponden a los dioses germánicos Odín y Tyr.

Los etruscos fueron expulsados del sur de Italia en el año –471. Su capital, Veíes, es tomada en el –401. En el –261, un año antes de la primera guerra púnica, son definitivamente sometidos. Sicilia es conquistada en el –241.

Stendhal, a la sazón cónsul francés en Civitavecchia, se dejó seducir por la pasión etrusca. Escribía en 1834: “Quisiera vivir entre la resurrección de los etruscos”.

Hoy en día, los etruscos están “resucitando”. Dos tesis sobre el origen de este pueblo misterioso continúan enfrentándose. Para unos, los etruscos son los autóctonos, los descendientes de los supervivientes de la edad de la piedra itálica, y su lenguaje se pierde en la noche de los tiempos. Para los otros, que repiten la opinión de los antiguos (Tito Livio, Tácito, Herodoto, Plinio y

Séneca), los etruscos son foráneos llegados a Italia entre los siglos XIII y VII antes de nuestra era.

¿Llegados de dónde? Del Asia Menor, dice Herodoto, y más particularmente de Lidia. “La observación de los rayos, el estudio de las vísceras de las víctimas por los aúrispices, las costumbres rituales que forman parte esencial de la disciplina de los etruscos, se remiten inevitablemente al Oriente asiático” (Raymond Bloch, *L’art et la civilisation étrusques*, París 1955).

¿Hipótesis aventuradas?

El alfabeto etrusco, copia del alfabeto griego, no presenta dificultades particulares. La fonética es perfectamente conocida, gracias a los nombres de los dioses y de los héroes que figuran en las inscripciones votivas. Pero nuestros conocimientos se detienen aquí: podemos leer el etrusco sin comprenderlo.

Los investigadores disponen de más de 10.000 inscripciones, incluyendo al “libro de la momia” (1.500 palabras escritas sobre las vendas que envuelven una momia conservada en el museo de Zagreb). Pero las inscripciones suelen ser demasiado breves. Solamente han podido traducirse, hasta ahora, los nombres propios, los sustantivos de uso más corriente, como clan “hija”, puia “mujer”, lupu “muerte” etc. Desgraciadamente no disponemos de ningún documento bilingüe, como la célebre piedra de Roseta que permitió descifrar los jeroglíficos egipcios.

Las hipótesis son legión. Los trabajos del profesor Pallotino, de la universidad de Roma, de Raymond Bloch y Michel Lejeune, por citar algunos, son bien conocidos. Pero los resultados son decepcionantes. El lingüista danés Louis Hjelmslev, en su famoso libro sobre El lenguaje, renuncia a clasificar el etrusco en ninguna de las seis grandes familias lingüísticas del mundo. Solamente el vasco presenta un problema semejante.

En 1961, Zacharie Mayani, orientalista formado en la escuela de la Sorbona, publicó un estudio titulado *Los etruscos comienzan a hablar*.

Quienes batallan contra el reconocimiento del etrusco como lengua indoeuropea –asegura– se agitan bajo los efluvios de un prejuicio. No constituyen una escuela, sino una secta.

Hacia el año 1.300 antes de nuestra era, el Asia Menor egea (Jonia, Lidia, Anatolia, Frigia y Caria) estaba en parte poblada por tracios e ilirios llegados de los Balcanes. “Como los brigos de Macedonia, que en Anatolia pasaron a denominarse frigios. Y es en Anatolia donde una tradición retenida por Herodoto sitúa el punto de partida de los etruscos hacia Italia”. Los protoetruscos, consecuentemente, no serían otros que los “tursa”, tribu indoeuropea emigrante desde los Balcanes en los territorios de la actual Turquía durante la época de la guerra de Troya, que participaron en las

grandes invasiones de los “pueblos del mar”, junto a quienes se lanzaron al asalto del Egipto de Ramsés III bajo la guía de una aristocracia llegada del Norte. Tras el fracaso, los “tursa” se replegaron primero sobre Sicilia, y después sobre Cerdeña y el noroeste de Italia. El mito de Eneas, relatado por Virgilio, que interviene como mito de fundación de la ciudad de Roma como antepasado de Rómulo y Remo, guardaría el recuerdo de este lejano periplo.

Para demostrar que el etrusco es un “dialecto balcánico arcaico”, Zacharie Mayani apela a tres razones: las palabras ilirias descubiertas hasta hoy que señalan a nombres de persona y lugar, las supervivencias dialectales de la lengua “ilirio-etrusca”, especialmente en Apulia, y finalmente la lengua albanesa.

“Albania – repite – no es sino la antigua Iliria del sur. Los albaneses han permanecido allí más o menos durante los dos últimos milenios. Numerosas palabras ilirias pueden descubrirse tanto en el etrusco como en el albanés. Estos elementos han de permitir, tras un largo estudio, la decodificación de la lengua etrusca”.

La obra contiene, además, un amplio glosario. El autor cita cientos de palabras etruscas como clen (“existir”, diferenciado del verbo “ser”, lo cual ocurre en muy pocas lenguas indoeuropeas, como el castellano y... el albanés), atranes (“los padres”), ja (“comer”), iu (“dios”), setirune (ternera), mir (“bello”), etc., y las correspondientes palabras albanesas que tienen el mismo sentido: klënë, atër, ha (con “h” aspirada), hie, shterunë, mir.

Mayani se lanzó enseguida al intento de descifrar ciertas inscripciones. Los resultados a los que llega corresponden bien poco con la idea tradicional que se ha tenido de los etruscos. Este pueblo que se decía grave, melancólico y triste, que no se preocupaba más que del culto a los muertos, en las inscripciones traducidas por Mayani se expresa con frases como: “Aquí está la vida”, “Recogemos madera para el fuego de la fiesta”, (pi peri snati bilidi), o “Emborráchate de vino y derrotarás a la enfermedad”.

La tesis del carácter indoeuropeo del etrusco no es exclusiva de Mayani. Ha sido también sostenida por F. Schachermeyer (*Etruskische Frühgeschichte*, 1929), G. Buonamici (*Studi etruschi*, 1921), P. Kretschmer (*Die Herkunft der Umbrer*, 1933), Paulé, Muller, Deeke, etc. También es la que sostiene la sanscritóloga belga Inna Carnoy, autora de un importante *Diccionario etimológico del protoindoeuropeo* (1955), así como el filólogo americano Ernst Pulgral (*The tongues of Italy*) y, más recientemente, por el búlgaro Vladimir Georgiev.

A principios de 1971, la agencia Tass, de Moscú, anunció efectivamente que Georgiev “ha resuelto definitivamente el secreto de la lengua etrusca”, aunque no añadía nada más.

Vladimir Georgiev comenzó a estudiar el problema etrusco en 1941, en contacto con los investigadores italianos. Durante la década de 1960 publicó diversos artículos en la revista de la Academia de Sofía, *Balkansko Ezikoznanie*. Es también autor de una *Introduzione alla storia delle lingue indoeuropee*, publicada en Italia por la universidad de Roma (1966).

El interés de los trabajos de Georgiev reside en que no se fundan únicamente sobre la fonología, sino sobre todo en las estructuras morfológicas.

Según él, el etrusco sería una especie de “dialecto hitita tardío”, afirmación que puede aceptarse con ciertas reservas: el etrusco sería, finalmente, una forma tardía de una lengua indoeuropea del Asia Menor, de la cual el mismo hitita sería uno de sus dialectos.

Zacharie Mayani es tajante en sus conclusiones: “El pueblo etrusco, de carácter vivo y espontáneo, a despecho de los griegos y los latinos, fue uno de los pioneros de la civilización europea”.

Traducción de Santiago Rivas

Homero y la epopeya homérica

“La lucha desigual entre los valores espirituales y el materialismo concluye en el caos y la desesperación”, afirma el señor Elefterios Mamounas, fundador de la Sociedad Internacional de Estudios Homéricos. Poco a poco la juventud confina su ideal en placeres dudosos y degradantes. Esta desviación está perfectamente descrita en los textos homéricos. ¿No comienza acaso el primer verso de la *Iliada* con la palabra “cólera”? Homero, entre otras cosas, es un testimonio de las debilidades humanas. Manteniendo su obra viva, ayudamos a mantener los valores de nuestra civilización.

15.693 versos más 12.110 versos: la *Iliada* y la *Odisea*. Algo más que dos obras maestras. Los más antiguos monumentos de la literatura europea. No es una leyenda, sino un mito enmarcado en una realidad.

Ningún autor de la Antigüedad contestó jamás la realidad de la guerra de Troya. El mismo Platón, crítico de la “inmoralidad” de Homero, no dudaba del evento, también descrito en otros textos (algunos, presuntamente más antiguos que Homero, como aquel atribuido a Dictis el cretense). “De hecho —asevera el profesor Jean Bérard—, es significativo que en la *Iliada* y la *Odisea* los episodios extraños a los dos poemas sean mencionados por simples alusiones: implica que estas leyendas eran bien conocidas tanto por el poeta como por los oyentes a quienes se dirigía”.

La fecha de la toma y el incendio de Troya es incierta. La tradición griega la sitúa en el año 1270 antes de nuestra era. En 1870, en la planicie de

Hissarlik (Anatolia), el alemán Schliemann descubrió las ruinas de la ciudad del rey Príamo.

El mundo de Homero es el mundo micénico que hace poco han rescatado los sabios del olvido y las cenizas. Es el mundo de la familia de los Atridas y del Vello de oro, de la fundación de Rodas y la destrucción de Tebas, de Aquiles y de Patroclo, de Helena y de Paris, de los crímenes de Edipo y Clitemnestra. Este universo fue destruido durante el siglo XIII antes de nuestra era. Después de la guerra de Troya, nos dice Homero, los descendientes de Heracles, al frente de los dorios, invadieron Grecia y se establecieron en el Peloponeso. El “retorno de los heraclidas” puso fin al tiempo de los antiguos héroes.

Por motivos esencialmente ideológicos, algunos (pocos y raros) autores han querido negar la identidad del mundo de Homero y de la civilización micénica. Moses Finley y Jean-Pierre Vernant, seguidos por Pierre Vidal-Naquet, los “helenistas marxizantes”, han puesto a Homero entre comillas asegurando que la antigua sociedad griega “remite incontestablemente a otras sociedades de la misma época en el Oriente Próximo” (*Le monde d’Ulysse*, París 1969). Jean Bérard responde: “Los testimonios arqueológicos evidencian una prueba material; ellos nos informan que no se puede poner en duda que la Era de los Héroes, el periodo al que remiten las leyendas épicas de Grecia, responde a realidades de la época micénica reveladas por los registros arqueológicos; remiten a una sociedad aquea, de tipo indoeuropeo”.

Los libros sagrados de la Grecia Antigua

De la guerra de Troya, que duró diez años, Homero no retiene más que dos episodios circunstanciales: la querrela entre Aquiles y Agamenón, y lo que de ella se sigue, y el largo periplo errante de Ulises, después del saqueo de Ilión. Destinos ejemplares. Ulises alcanzará una vejez apacible después de los mil sufrimientos de su larguísimo viaje de retorno. Aquiles conocerá la breve existencia del héroe. No es posible mantener, a un tiempo, la duración y la intensidad. De una parte, la aventura y el amor; de la otra, la guerra y el honor. El zorro y el león.

Técnica de composición ultramoderna. El primer canto de la *Ilíada* comienza exactamente cuando la guerra ha alcanzado su fin. La *Odisea* menciona a Ulises a punto de abandonar la isla de Calipo, después de permanecer siete años en el hogar de la ninfa. Después, el lector (en su día el auditor) es invitado en un segundo tiempo a “mirar atrás”. Homero es el inventor del flash-back.

El poeta canta hazañas, y de las hazañas surgen guerreros. Pero el choque de las armas no excluye el análisis psicológico ni la altura de los sentimientos. Las costumbres más rudas son también las menos groseras. “La sociedad aquea de la era heroica, por lejana que nos parezca a nuestros ojos modernos, en ninguna manera es una sociedad primitiva. Al brillo de la civilización

material y del arte, testimoniadas, por ejemplo, por los vasos de oro de Dendra o la impresionante máscara funeraria del rey Agamenón, hay que añadir un gran refinamiento de los modos y costumbres” (Jean Bérard).

Riqueza de imágenes: “Al fondo de la sala del trono, pudiendo alejarse de incómodos vecinos / donde se oculta el tizón en el centro del brasero / a fin de conservar la semilla del fuego / sobre las grises cenizas, a la manera de los humildes / allí oculto, Ulises se hallaba sentado”.

Ciertas constantes aparecen en la *Iliáda*: el sentido del honor, la alegría del vivir, el gusto por las afirmaciones soberanas, los valores viriles, el amor y la amistad. La sociedad de los dioses refleja la sociedad de los hombres, con sus mismas cualidades y sus mismos defectos. Homero, quien concibe los dioses a su imagen, les sitúa en escena con una manera “irrespetuosa” que más tarde escandalizaría a Platón. “Los dioses homéricos no son espíritus puros –escribe el profesor Albert Sereyngs, de la universidad de Liège. Dotados de una forma sensible comparable a la de un ser humano, se comportan como lo harían los mortales en una sociedad terrestre” (Les dieux d’Homère, París 1966). No son dioses celosos ni severos, son dioses joviales.

Por esta razón, la *Iliáda* y la *Odisea* fueron los verdaderos libros sagrados del mundo griego. Para los griegos de la Antigüedad, Homero fue “El Poeta”, el único poeta y algo más: el depositario del espíritu ancestral helénico en su pureza originaria, el maestro de toda la Sabiduría, el guardián de la Tradición. En Atenas, Solón y Pisístrato hicieron de sus obras un libro de horas y un manual escolar. Cada cuatro años, con ocasión de los Juegos Panatenaicos, los dos poemas eran recitados, en público, en su integridad de principio a fin. Escribe el profesor Flacelière: “Es obligado subrayar que la capacidad de los auditores antiguos era mucho más fuerte y motivada que la nuestra. En los grandes concursos dramáticos de las Grandes Dionisiacas, en Atenas, los espectadores podían escuchar unos diez mil versos durante dos días, descansando únicamente para comer y dormir. Los veintisiete mil versos de la *Iliáda* y la *Odisea*, sin partes líricas ni evolución de los coros, sin descanso a su propio ritmo, pausadamente como requerían los cánones, requerían ser recitados en cuatro jornadas”.

Justo después de la muerte de Homero, los aedos, dispersos por todas las islas y las costas de Jonia, difundieron la *Iliáda* y la *Odisea* al tiempo que componían otros nuevos poemas que completaron el ciclo heroico. Estos fueron los “homéridas”, los rapsodas o recitantes ambulantes, quienes en las ágoras, en los palacios, los gimnasios y las tabernas recitaban de memoria los versos del maestro, sin omitir una coma ni añadir un diptongo.

En los primeros siglos de nuestra era, el naufragio de la antigua cultura provocó el eclipse de los estudios homéricos. No volvieron a renacer hasta el siglo X, en Constantinopla. En el siglo XIV reflorecieron en Europa. El primer “Homero” impreso aparece en Florencia en 1488. El Renacimiento y

la Ilustración se entusiasmaron con su lectura. Los exegetas y los críticos se multiplicaron. Durante el siglo XIX, las universidades anglosajonas y germánicas rivalizaban en saber y habilidad.

Sobre Homero se han publicado más libros que sobre Cervantes, sobre Goethe o Shakespeare, más que sobre la Atlántida o las pirámides de Egipto. Muchos han sido los que han intentado reconstruir la geografía de los aqueos, como el eminente historiador español Antonio García y Bellido (*Las navegaciones de Ulises*, Madrid 1967). Albin Michel (*Les poèmes homériques et l'histoire grecque*) ha visto en los versos de la Odisea una especie de código de referencias para los navegantes que se arriesgaban en la ruta del estaño. Francesco Sarrasoli (*Omero e le origini sacerdotali della epopea greca*, Nápoles 1970) saca a relucir las misteriosas castas sacerdotales helénicas, para quienes la guerra de Troya era interpretada en clave de un “acto de purificación”, destinado a deshacer una “impiedad detestable”. Sobre el fondo histórico de la Odisea, las teorías más audaces siguen constituyendo una fuente inagotable; en 1977, el profesor Karl Bartholomeus, de la universidad de Essen, a propuesto un nuevo itinerario de las peregrinaciones de Ulises: Escila y Caribdis corresponderían al Estrecho de Gibraltar; la isla de Trinakia sería Tenerife, Ea sería la isla de Tercera, en las Azores, mientras que la pequeña Ogigia, el hogar de Calipso, estaría situada en el actual islote de Vinha del Mar, frente a Lisboa, que no por casualidad deriva su nombre de Olyssipum (la Ciudad de Ulises). En cuanto a la misteriosa “Isla de los Feacios”, se ha identificado con Heligoland (lo cual nos remite a la discutible pero fundamentada hipótesis de Jurgen Spanut de una “Atlántida nórdica”).

Toda la Antigüedad atribuyó la *Iliada* y la *Odisea* a un mismo autor. Los “analistas” han sido más escépticos. Numerosas han sido las teorías ingeniosas que apelan a la figura incierta de un “Homero en plural”. El hipercriticismo estuvo en voga durante el siglo XIX, sobre todo entre los anglosajones. En 1893, Samuel Buttler (*The Autoress of the Odyssey*) avanza la idea de que la *Iliada* y la *Odisea* son obras de dos autores diferentes, siendo la verdadera autora de la *Odisea* una mujer oriunda de Trapani, en Sicilia. En 1930, Victor Bérard escribió: “Hoy en día, sólo los ignorantes pueden poner en duda que la *Iliada* y la *Odisea*, desde el primer hasta el último verso, fueron compuestas por el poeta ciego” (*La resurrection d'Homère*).

“Ho meerós“, “El que no vé“, “El ciego“, significa precisamente “Homero”. Entre los antiguos, la ceguera material estaba comúnmente asociada a la clarividencia espiritual, al don profético y la adivinación. En el mito, Edipo adquiere el don de la profecía en el mismo instante en que, horrorizado por su crimen, se arranca él mismo los ojos. Georges Dumézil ha señalado otros muchos ejemplos de “mutilaciones cualificativas”: Odín y Horacio Cocles, Tyr y Muncio Scaevola, etc. “El más grande de los poetas, por necesidad, debía ser ciego —escribe Robert Flaciére—, aun cuando no tengamos la certeza de que realmente lo fuese”.

Si hay que creer a Herodoto, Homero habría muerto en la isla de Samos, en el año 850 antes de nuestra era, después de haber compuesto otras muchas obras menores, como ese Himno a Apolo del que habla Tucídides, o aquella fábula sobre una batalla entre ranas, mencionada entre otros por Luciano de Samosata.

Siete ciudades se disputaban el honor de ser la patria del poeta. La isla de Chios, en Jonia, citada por Píndaro y Simónides, parece ser la más fiable. El lugar es célebre por la belleza de su bahía y sus bosquecillos de pinos. Debe su nombre a Chioni, hija de uno de sus primeros reyes y esposa de Orión, a quien pidió que exterminase las serpientes que infestaban la isla. Homero, precisa Herodoto, habría nacido en la aldea de Pytios, que aun conserva su nombre. Allí peregrinaban, al menos una vez en su vida, todos los “homéridas”. Hoy, en Pytios, pueden degustarse las “aceitunas del poeta”, acompañadas por un vino local conocido como “Néctar de Homero”. El museo de Chios está presidido por el formidable busto de Homero, descubierto por el arqueólogo Anderson, y por la placa de bronce que contiene los catorce primeros versos de la Ilíada, desenterrada por el profesor Kondoleos Stephanou.

Peregrinaje a Chios

En Chios también se encuentra el Monte de Homero, y en sus entrañas una pequeña caverna llamada Dascalopetra, poco más que un nicho rupestre. La tradición quiere que Homero compuso aquí la Ilíada y la Odisea. En su primer viaje a Chios, Elefterios Mamounas meditó la posibilidad de crear un movimiento organizado dedicado al estudio y difusión de la “filosofía” homérica.

En 1960, en la cueva Dascalopetra, nació así la Sociedad Internacional de Estudios Homéricos, que, con el tiempo, ha logrado hacer de Chios uno de los primeros centros culturales del Mediterráneo. Junto al profesor Mamounas, su Comité Cultural está compuesto por la mayoría de los helenistas de renombre en todo el mundo: François Chamoux (Francia), Hugh Lloyd-Jones (Gran Bretaña), Manuel Adrados (España), Reinhold Merkelbach (Alemania). El poderoso Sindicato de Armadores de Grecia decidió financiar la construcción de un teatro a cielo abierto, donde cada cuatro años vuelven a recitarse la Ilíada y la Odisea en su integridad, y el gobierno de Atenas construyó para la SIEH un “Centro Homérico”. Chios se ha convertido así en un lugar de encuentro internacional y un centro de peregrinación para los hijos espirituales de todos aquellos que murieron en el sitio de Troya.